



Julio de 1854.

El esmerejon de América.

TOMO XII. 19

EL ESMEREJON DE AMERICA.

Esta ave á cuyo macho llama Buffon *esmerejon de Guye-na*, y á cuya hembra, *esmerejon de Santo Domingo*, es el *falco sparviero* de Wilson. Ha sido descrita y dibujada por los grandes ornitólogos del Nuevo Mundo, pero si la figura que presentamos es la mas pintoresca, la descripción de Wilson es la mas interesante y la mas completa. Errante por el fondo de los bosques, recorriendo pantanos y terrenos estériles, sorprendia el mas pequeño de los halcones en el seno de sus costumbres. Vió al esmerejon posarse sobre las altas cimas; le vió caer cómo el rayo sobre su presa, que eran pequeñas culebras, ratones, cigarras ó saltamontes, y hasta pájaros de distintas especies, á las cuales ase entre sus crueles garras. Vió ademas al esmerejon perseguido por el papa-moscas de vientre blanco, huir delante de la débil y valerosa ave que defiende su nido y á sus hijuelos con heroica valentía.

El esmerejon, tiene todos los caracteres propios á la tribu de los halcones: el pico robusto, encorvado desde su base, armado en la punta, por ambos lados, de un diente agudo; el ala punteada y mas larga que la cola; la mirada sombría. La hembra tiene desde el pico al extremo de las plumas bordadas de blanco de su cola, once pulgadas de longitud, y veinte y tres desde un extremo á otro de sus alas extendidas; el macho que mide una pulgada menos en cada dimension, no es tan bello, ni tan fuerte, ni tan valeroso; las siete manchas negras que rodean su cabeza se destacan sobre un blanco menos puro, la blancura de su pecho está adornada de manchas menos multiplicadas; por lo demas, seria difícil precisar sus variadas manchas, que cambian no solamente segun su sexo, sino segun su edad; aunque los naturalistas han multiplicado las especies de los esmerejones de América, varían los nombres segun los individuos observados en diferentes periodos de su vida.

Esta especie reside constantemente en todas las comarcas de los Estados Unidos, del Océano Atlántico, en el mar Pacifico. Las costumbres de estos animales son muy conocidas; su vuelo es irregular, permanecen suspendidos en el aire en un mismo sitio, durante un minuto ó dos, y despues desaparecen de pronto lanzándose en otra direccion.

Esta ave vuela errante á lo largo de las hayas y de los vergeles desde donde acecha á las aves pequeñas. Es delicada en su comida, pero nunca se alimenta con la presa que no ha matado ella misma, y aun en este último caso, desprecia con desden el trozo que no le parece bastante apetitoso.

Atrevido y picotero el esmerejon, posee estraños talentos de imitacion y de burla. Tiene la mirada infalible, y es un tanto vengativo.

PUEDE SER....

He aqui las últimas palabras de la sabiduría humana. Cuando el hombre analiza hechos que no comprende, cuan-

do se le presentan verdades desconocidas que superan los límites de su razon, esclama, como para desatar la dificultad, *puede ser...* Esta es la última trinchera de la fé; el baluarte estremo de la racionalidad, el postrer asilo de la ciencia vencida.

Puede ser... hasta aqui llega el poder del hombre. ¡Esfuerzo miserable y ridiculo para disimular el apocamiento de un ser que no osa lanzarse en la senda desconocida! Parapetado en esta trinchera el necio parece sabio, y en llegando á este limite, el sabio parece necio. Esta es la mejor medida del entendimiento. Tanta mas fuerza inteligente tendrá un ser, cuanto mas tarde pronuncie el universal *puede ser...*

Decid á un ignorante que nuestro globo está en continuo movimiento, y se reirá en vuestras barbas; acosadle con todos los argumentos de la ciencia, y cuando no pueda mas, dirá encogiéndose de hombros con una espresion bestialmente incrédula, *puede ser...*

Un hombre de ciencia cree desde luego que el mundo está en rotacion; pero decidle que esos astros que conocemos con el nombre de estrellas fijas, son otros tantos soles brillantes mas que el nuestro, y que como él alumbran á otros cuerpos opacos poblados como la tierra. Entonces el hombre científico se pondrá entrambas manos en la frente, recorrerá su gabinete, se parará meditabundo, y al cabo exclamará: *puede ser... puede ser...*

El *puede ser* es el apoyo mayor, quizá el único de la calumnia; sin él no existiría este arma de los viles.

Todos creen que una muger es honrada, virtuosa, desinteresada, llena de candor y de sentimientos nobles y elevados; pero un envidioso, un despreciado, un maldiciente, cuentan acerca de ella una historia absurda y descabellada. Todos esclaman al oirla, «no es cierto»—mas él repone:—yo no lo creo, pero como no es imposible,.... *puede ser...*—Y á Dios reputacion de quien llega á decirse *puede ser...* La virtud de una muger, su joya mas preciada y rica, está á la merced de un *puede ser...* Basta un cuento epigramático cuyos protagonistas se callan de propósito, basta una sonrisa de inteligencia, una mirada á veces, para que cada cual suponga lo que se le antoje y cuando se hable de ella digan... Si, la señorita L*** yo la creía muy buena, pero algun dia... *puede ser...* Y con esto sobra y basta.

Puede ser y la indecision que estas palabras representan, han sido la pesadilla de los grandes hombres y la rémora de todos los adelantos.

El fanatismo de nuestros abuelos abrumó con su *puede ser*, á los que se jactaron de haber obligado al vapor á trabajar en sus máquinas, y con su *puede ser* escarneció á Galileo que le anunciaba el movimiento del globo. El escepticismo moderno responde con su *puede ser...* á los que le anuncian la navegacion aérea y riéndose á mandíbulas batientes, lanza su *puede ser* á los que trabajan por encontrar la cuadratura del círculo y el movimiento continuo.

Cristóbal Colon poseía un mundo mas allá de los mares y andaba mendigando un rey á quien regalárselo. La magnánima Isabel le acogió y sometió su idea al consejo de Salamanca, en cuya asamblea, despues de haber oido las esplicaciones de boca del hombre mas grande y extraordinario de todos los siglos, los mas osados se contentaron con decir, *puede ser...* y Colon sufrió largo tiempo las consecuencias de esta respuesta.

El *puede ser*, es un recurso admirable en nuestros tiempos de términos medios, bien es verdad que es la espresion del término medio por excelencia. Nadie se sustrae de su influjo. Un amante desdenuado por su bella echa mano del recurso de los feos, de la constancia, y dice: *puede ser* que la venza. Un diplomático sueña con el ministerio, se despierta y esclama *puede ser*... La política espectante solo se funda en el *puede ser*...

En fin, hasta el que esto escribe se pregunta al terminar estos renglones... ¿Habré logrado hacer un artículo? *Puede ser*... ¿Encontraré lectores á quienes le agrade? Esto es mas difícil, pero tambien... *puede ser*.

A. de P. R.

LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO.

Los dos grabados que estampamos en las columnas de el *Museo*, se refieren á la historia de las universidades y colegios de Francia en épocas remotas. El primero representa la vista de la *Torre de Nesle*, en el siglo XVII, poco tiempo antes de su demolicion; el segundo el rector de la universidad de Praga y los estudiantes de diversas naciones que estudiaban en aquella ciudad, viñetas tomadas, segun parece, de un antiguo y precioso cuadro que existe hoy en Francia.

La Torre de Nesle, puerta meridional de París, y anillo de sus antiguas fortificaciones, se elevaba sobre la margen izquierda del Sena, á algunos pasos del Puente Nuevo, enfrente del Louvre, al lado del hotel de Nesle, reemplazado despues por el hotel de Nevers, y reemplazado este mismo por el hotel de Conti.

Mas allá de este limite de la capital, se estendian el pequeño y grande Pre-aux-Clercs, dominados por la abadia de San German y cubiertos sucesivamente por el barrio de San German. Este era en otro tiempo el sitio predilecto de los charlatanes y de los ociosos en general, y particularmente el de los clérigos ó escolares de la universidad de Francia, así como el Puente Nuevo era el parage central de los curiosos y el de los extranjeros, el de los cancioneros, etc., etc.

Los misterios de la Torre de Nesle han creado acaso el drama mas terrible de nuestra época.

Sobre este punto histórico haremos una reseña que nos suministra la *Edad media y el Renacimiento*.

El héroe de la *Torre de Nesle*, el escolar Buridan, el único que se escapó de los lazos de Margarita de Borgoña, habia nacido en Béthune en Artois; poco tiempo despues de cierta aventura que tuvo en la Torre, lo que no confirma la autenticidad, brillaba en la universidad de París, por sus obras y su enseñanza; llegó á ser hasta procurador, rector, y murió sexagenario el año de 1358, dejando una fama que le ha sobrevivido muchos siglos.

Un escritor francés, espone con mucho juicio el origen y la organizacion de la universidad de París. He aqui como se esplica:

«En este tiempo (bajo el imperio de Carlo-Magno), dice

Nicolás Gilles, vinieron de Irlanda á Francia dos monges naturales de Escocia, los cuales eran clérigos de mucha reputacion por la vida santa que llevaban; por calles y plazas iban predicando y gritando que vendian la ciencia, y que el que quisiera comprarla que acudiese á ellos. Esto llegó á noticias del emperador Carlo-Magno, el que habiéndolos hecho poner en su presencia, les preguntó si era cierto que vendian la ciencia; le respondieron, que verdaderamente la tenian ó la poseian por merced y gracia de Dios, y que habian venido á Francia para prestarla y enseñarla á quien la quisiera aprender. El emperador les preguntó entonces, qué dinero querian para mostrarla, y ellos contestaron que no querian nada mas que lo necesario para subsistir, y que les dieran hombres y niños ingeniosos para educarlos. Luego que el emperador los hubo escuchado manifestó alegrarse y los tuvo consigo hasta que tuvo que salir para la guerra. Entonces mandó á uno de ellos, llamado Clemente, que habitase en París, é hizo que le entregaran los hijos de las gentes de todos los estados, los mas ingeniosos que se pudieron encontrar, y dispuso que se erigiesen lugares y escuelas convenientes para la enseñanza, disponiendo ademas que le dieran todo lo que necesitase, concediéndole á la vez grandes privilegios, franquicias y libertades. Y de aqui procede la primera institucion del cuerpo de la universidad de París, que estaba en Roma, aunque originariamente habia estado en Atenas.»

Muy pronto la universidad de París pudo llamarse la universidad del mundo, pues los jóvenes del mundo entero acudieron alli para instruirse.... De aqui su division, no solamente en cuatro facultades, sino tambien en cuatro naciones diferentes: la de Francia, la de Inglaterra, la de Normandía, y la de Picardia, subdivididas en muchas tribus.

La nacion de Inglaterra se intituló nacion de Alemania, á partir desde la invasion de Francia por los ingleses.

El cuadro, tan característico, de la universidad de Praga da una idea perfecta de los contrastes de razas, de figuras, trages y costumbres que animaban á la universiad de París en la edad media y en la época del renacimiento. «Los ingleses, dice el cardenal Santiago Vitog, son borrachos y poltrones; los franceses orgullosos y afeminados; los alemanes furibundos y licenciosos; los normandos vanos; los de Poitiers traidores y avaros; los borgoñeses brutales y tontos; los bretones ligeros é inconstantes; los lombardos cobardes; los romanos sediciosos y se muerden las manos (de cólera); los silicianos tiranos y crueles; los hrabanzones incendiarios y ladrones; los flamencos pródigos, amantes del lujo y de la buena comida.» Con efecto, los retratos no están adulados, y serian severos hasta para los estudiantes del día de la universidad de París. Afortunadamente, en otro tiempo, como hoy, los estudiantes de mérito se educaban en medio de la multitud turbulenta y dispada de los estudiantes que nada valian.

El rector de la universidad era elegido por las cuatro naciones, primero directamente, despues por delegados, sino habia tenido éxito el sufragio universal. Este era siempre un personaje de importancia que marchaba en categoria al nivel del obispo y del parlamento de París... El día de la instalacion, la procesion de la universidad entraba en San Dionisio.

Despues del rector, el síndico ó procurador, los mensajeros, los conservadores, los cancilleres, los sargentos, los

maestros, los factores, etc... formaban un numeroso estado mayor y demasiado imponente.

Nuestra Señora era la patrona de la universidad, así como de la iglesia y de la ciudad de París, son Santa Catalina, San Nicolás y San Andrés. Cada nación tenía además sus respectivos protectores. Carlo-Magno, venerado como santo desde el siglo XII en Germania, era invocado por la nación alemana, y lo fué bien pronto por todas las demás en una fiesta solemne organizada por Luis XI, y que dió origen á los banquetes de San Carlo-Magno, todavía en boga en las instituciones de París.

Nos sería preciso muchas columnas para referir todo lo que se nos ocurre decir en la edad media y el renacimiento,

de las universidades, de las razas malditas, etc., etc.: de las costumbres y de los usos de la vida privada, en las ciudades, los castillos y las campiñas, de la caza de todo género, de la comida, de los festines, de las modas y de los trages, etc.; de las ciencias, de las artes y de las bellas letras; de la filosofía, de la escolástica, de la astrología, de la química, de la alquimia, de las ciencias naturales, de la quirúrgica, de la farmacia, de la marina, de las lenguas, de los dialectos, de la poesía, de las novelas, de los cantos populares, de los proverbios, de la elocuencia, del teatro, etc.; de las bellas artes, de la arquitectura, de la escultura, de la pintura, de los manuscritos, del grabado, de la imprenta, de las encuadernaciones, de las armaduras, de la orfebre-



La torre de Nesle en el siglo XVII.

to, respecto á los *grados*, las *facultades*, los *colegios*, los *escolares*, los *estudios*, los *juegos*, las *ceremonias*, los *trages*, los *privilegios*, etc. etc.

Añadiremos á lo espuesto, que en Francia se está publicando una obra interesante que lleva por título *La Edad media y el Renacimiento*, ilustrada con excelentes grabados, cuyo testo hemos examinado, y hemos visto que habla con mucha estension y con no falta de solidez, refiriéndose á las épocas antedichas, de las costumbres, de la vida religiosa, ceremonias, creencias, fiestas, etc.; de los usos y costumbres de la vida civil; del estado de las personas, de las tierras y de los privilegios, de la caballería, de la etiqueta, de las corporaciones, de los derechos penales, del comer-

ria, de la relojería, de la cerámica, de los utensilios domésticos, de las tapicerías, de los instrumentos de música, de la equitación, de los arneses, de los carruages, etc.

Se ve desde luego que este inmenso cuadro comprende la civilización entera, en aquellas épocas en que fueron mas sorprendentes sus progresos,—desde el grande impulso de las cruzadas hasta las vastas luchas de la reforma;—desde la caída del imperio de Occidente hasta la venida de Luis XIV al trono de Francia. En esta obra se ven resumidas todas fases de la inteligencia moderna, desde su infancia hasta su madurez, todos los secretos de nuestra historia religiosa, militar, científica, literaria, artística, industrial, pública y privada, todos los tesoros que se dividen y

se disputan hoy los palacios, los museos, las bibliotecas y las colecciones nacionales y particulares.

La ilustración de este libro de un millar de dibujos intercalados en el texto, de doscientos cincuenta grabados en

tal a las familias. La *Edad media y el Renacimiento*, árbol científico, cargado de frutos extraños, y de las candidas flores de los tiempos antiguos, lleno de alimentos sólidos y de esquisitos perfumes para el sexo viril y la edad madura, no



El rector y los estudiantes de distintas naciones de la universidad de Praga.

madera y en acero, tirados aparte, y de doscientas cincuenta miniaturas tiradas con colorido por un nuevo procedimiento.

Cumple á nuestro propósito hacer una observacion capi-

se ha escrito, á pesar de las sábias precauciones de los autores, para que pueda ser hojeada impunemente por la juventud y las hijas de Eva.

EL TEATRO EN FAMILIA.

¡POR UNA HIJA!....

COMEDIA EN UN ACTO (1).

SU AUTOR,

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS (2).

PERSONAS.

LEONOR. DON CARLOS. LUISA.

Sala bien amueblada. Puerta en el foro, que es la principal: otra á la derecha del actor: á la izquierda una ventana: un piano: un espejo.

ESCENA I.

LUISA.

(Aparece vestida con negligencia; bata oscura, pañuelo grande, oscuro tambien y muy sencillo, de crespon de la India, cogida con papillotes la parte anterior del cabello. Lee una boleta de alojamiento.)

«De orden del Ayuntamiento,
doña Leonor Almazan
alojará á un capitán.»
(Dejando la boleta sobre el piano.)
¡Mal haya el alojamiento!....
Desde que tantos pesares
me dió, Carlos, tu falsía,
tengo horrible antipatía
á todos los militares.
¿Quién, traidor, me hubiera dicho
que aquel tu amor dulce y tierno,
tan ponderado de eterno,
sólo era fugaz capricho?
Y yo ¡ay simplet! le creí
como el mío fiel, vehemente;
y á los dos meses de ausente
¡ni te acordabas de mí!
¡Y objeto quizá de risa
fueron en algún café
las cartas en que su fe
te juró la pobre Luisa!
¡Que así los hombres ultrajen

(1) Proverbio para el que guste de llamarla así.
(2) El autor se reserva la propiedad de esta obra para su reimpression y representacion.

los más santos juramentos!....
Y tras de tantos tormentos,
(Con la mano en el pecho.)
¡todavía aquí su imagen!....

ESCENA II.

LUISA.—DON CARLOS.

(Llega don Carlos por la puerta del foro, en traje de capitán de infantería, tostado y lleno de polvo, como quien acaba de caminar.)

D. CARLOS. ¿Permite usted....

LUISA. Sí, señor.

(Se acerca don Carlos.)

(Ya está aquí. ¡Suerte cruel!)

D. CARLOS. Celebro....

LUISA. ¡Qué miro!.... ¡Es el!

D. CARLOS. Que el fiat de un regidor
á dama de tales dotes
me permita....

LUISA. ¡Él es, sí. ¡Hoy muero!

D. CARLOS. Besar los pies....

LUISA. Caballero....

D. CARLOS. ¡Qué diantre de papillotes!

LUISA. *(Turbada.)*
Aquel es el cuarto.... Pase
usted....

D. CARLOS. Luego....

LUISA. ¡Dios me asista!

D. CARLOS. *(Vuelve á otro lado la vista
y no concluye una frase.)*
Habrá en casa otra patrona,
porque usted....

LUISA. Soy hija....

D. CARLOS. Ya.

LUISA. Ha salido mi mamá.

(¿Si me engañaré?)

D. CARLOS. ¡Qué hurona!

Supuesto que usted me impulsa
á entrar....

LUISA. Yo.... no....

D. CARLOS. Y que es preciso

asearme... con permiso....

(Entrando en la habitación de la derecha.)

(No es fea, mas ¡tan insulsa!....)

ESCENA III.

LUISA.

¿Qué soy á sus ojos yo?

¿Cabe más profundo olvido
que no haber reconocido

á la misma á quien amó?
 No: mentida fué tu llama,
 hombre falso y sin conciencia.
 ¿Qué son cuatro años de ausencia
 para quien de véras ama?
 Yo, que era una niña entónces,
 te reconozco al instante
 y en lo firme y lo constante
 venzo á mármoles y bronce;
 y cuando yo no delinco,
 tú, que me llevas ¡oh afrenta!
 ocho años, pues por mi cuenta
 ya has cumplido veinticinco,
 ¿sientes el sopor del opio
 cuando á tus ojos parezco?
 Pues más que entónces merezco,
 ó me engaña el amor propio.
 Y este es el único amor
 que á abdicar no me resigno:
 del otro.... ya no eres digno.
 Yo lo emplearé mejor.
 ¡Ave!.... ¡Con qué alborozo
 mis brazos le hubiera abierto
 si fiel.... Porque ello es lo cierto
 que vuelve arrogante mozo;
 y aunque por siempre le obstruyo
 la senda del corazón,
 está muy puesto en razón
 dar al César lo que es suyo.—
 Pero ¿y si es vano fantasma
 que me representa á Carlos?
 No es maravilla encontrarlos
 de un parecido, que pasma.

(Tomando otra vez la boleta y leyéndola.)

La boleta dice sólo:
 «Alojará á un capitán,
 sin llamarle Pedro ó Juan,
 Hermenegildo ó Manolo.—
 Averiguarlo es urgente,
 porque mientras no lo sepa....
 ¿Y cómo?.... ¡Ah!.... Sí; haré que Pepa
 lo pregunte al asistente.
 Si no es Carlos por ventura,
 no tengo motivo.... Pero....
 Siento pasos.... ¡Ah! No quiero
 que eche de ver mi amargura.

(Al desaparecer Luisa por la puerta del foro, vuelve don Carlos por donde se fué.)

ESCENA IV.

DON CARLOS.

Limpio ya del polvo vil
 mi uniforme itinerario,
 presentarme es necesario
 á la autoridad civil,
 pues mi buena ó mala estrella,
 que eso se verá despues,
 me destaca por un mes
 á la ciudad de Marbella,

y luego me haré presente
 en el cuartel de la tropa,
 mientras dispone la sopa
 el tuno de mi asistente.—
 Á la francesa me iré,
 pues ya despejó esta sala
 la pudibunda zagala
 con quien ántes me encaré.
 No seré yo su Amadis,
 que en lo insípida y lo pava
 mas parece escandinava
 que fruta de este país.

(Yéndose.)

No le diré tus ni mus....

(Viendo á Leonor, que llega, en traje de visita, por la puerta del foro.)

¡Ah!

ESCENA V.

DON CARLOS.—LEONOR.

LEONOR. Caballero....
 D. CARLOS. Á los piés
 de.... (¡Qué ojos! ¡Esta sí que es
 de la tierra de Jesus!)
 LEONOR. Usted será, señor mio,
 el capitán alojado....
 D. CARLOS. Y muy humilde criado....
 LEONOR. Gracias.
 D. CARLOS. (¡Qué garbo! ¡qué brio!)
 Sea mil veces bendita
 la suerte que me depara
 una patrona (¡Qué cara!)
 tan amable y tan bonita.
 LEONOR. Mil gracias....
 D. CARLOS. (Es singular.)
 LEONOR. No haré yo dengues de monja
 por esa trivial lisonja,
 tan propia de un militar.
 D. CARLOS. No hay lisonja en el tributo
 que con vida y alma doy
 á una deidad.... (Yo me voy
 á enamorar como un bruto.)
 LEONOR. No presumo tanto yo
 de donosa ni de linda,
 que á mi sin luchar se rinda
 un corazón....
 D. CARLOS. ¿Por qué no?
 ¿Tanto necesita el rayo,
 desprendido de alta cumbre,
 para abrasar con su lumbre
 la miés que doraba Mayo?
 Y rayos son esos ojos
 á cuyo dulce fulgor
 arden las almas de amor.
 LEONOR. ¿Qué haré con tantos despojos?
 Cosa es que me da desmayos
 pensar que todo el que pase,
 para que yo no le abrase
 necesite un pararrayos.

- D. CÁRLOS. ¡Eh! no hay que tomarlo á broma.
Otra vez, y tres, y cuatro
digo á usted que la idolatro,
sin quitar punto ni coma.
- LEONOR. No creo en pasion tan rápida.
- D. CÁRLOS. Así son las verdaderas.
Si no la amo á usted de véras,
cubra mi cuerpo una lápida.
- LEONOR. ¡Hombre de Dios....
- D. CÁRLOS. Soy formal,
y mi fin es puro, honesto;
¿lo oye usted?—Pero, á todo esto,
¿es usted libre?
- LEONOR. Si tal.
- D. CÁRLOS. Soltera, supongo.
- LEONOR. ¡Viuda!
- D. CÁRLOS. No reñiremos por eso.
Se entabla el nupcial proceso,
y sale usted de la duda.
- LEONOR. Però, señor, ¿qué dirán
si....
- D. CÁRLOS. Mire usted, dueño mio,
que hay derecho á Montepio.
- LEONOR. ¡Jesus! Yo....
- D. CÁRLOS. Soy capitan.
Y llevaré al matrimonio,
amén de las charreteras,
mi hacienda de Pedroñeras,
que es decente patrimonio.
Vea usted....
- LEONOR. (No está en su juicio)
- D. CÁRLOS. Si haremos ó no buen duo
los dos, mientras evacuó
un asunto del servicio,
y ejemplos propios y ajenos
quizá le den testimonio
de que el mejor matrimonio
es el que se piensa ménos.

ESCENA VI.

LEONOR.

¿Es broma de Carnaval,
ó se reproduce en mí
lo de *llegué, vi y venci*
que cuentan de un general?
Todavía no me anula
el hielo de la vejez.

(Mirándose al espejo.)

Aun está fresca mitez,
si el espejo no me adula.
Aun merezco yo que afile
en mi talle amor su flecha.
Treinta y tres años no es fecha
para que una se jubile.
Más edad tenia aquella
Gitana, hija del demonio,
cuando todo un Marco Antonio
hizo locuras por ella.—
Siempre el corazon se ensancha

cuando una.... Y el capitan
no hay duda que es muy galan...
y con hacienda en la Mancha.
No es culpa mia que roben
mis ojos su alma rendida,
ni es mucho que reincida
mujer que enviudó tan jóven;
y si mi ventura labra
con la boda que ha insinuado,
¿será tan grave pecado
cogerle yo la palabra?
¿Por qué.... Pero es desatino.
¿Qué bien de ese lazo espero?
¿Podrá ser muy duradero
un amor tan repentino?
Y aunque á mi egoismo cuadre
ver que un esposo me escuda,
al recordar que soy viuda
¿cómo olvido que soy madre?
Mi corazon, de ese modo,
partiera con otro yo...
¡No, hija de mi vida, no!
Tú le necesitas todo.

ESCENA VII.

LEONOR.—LUISA.

LUISA. ¡Mamá! (Él es: no me engañé.)

LEONOR. (Quitándose la mantilla)

Ven, me ayudarás...

LUISA. (¡Malvado!)

(Ayuda á Leonor á desprenderse la mantilla y luego la
dobla.)

LEONOR. Tenemos un alojado.

LUISA. Sí, un capitan: ya lo sé.

Saliste apenas de aquí

á visitar á la tia

cuando (por desgracia mia)

llegó, y yo le recibí.

LEONOR. Y si tú supieras, Luisa....

LUISA. Y si supieras, mamá....

LEONOR. ¿Cómo? (Á ella tambien quizá..)

Esa turbacion me avisa....

¿Te ha dicho algun chicoleo?

LUISA. No. ¡Es tan adusto!...

LEONOR. No tal:

al contrario; muy jovial,

muy galante... y nada feo.

LUISA. Pues... ¿cómo....

LEONOR. Á fé de Leonor.

Despues de un breve preludio,

sin ambages, sin estudio,

me ha declarado su amor.

LUISA. ¿Qué escucho! ¡Su amor!

LEONOR. ¿Te pesa?

LUISA. No por cierto; ántes bendigo....

(Se finge huraño conmigo,

y á mamá.... ¡Dulce sorpresa!)

LEONOR. Y no es pasion mal nacida

la suya. En vínculo honesto...
 ¿Lo apruebas tú....

LUISA. Por supuesto,
 con el alma y con la vida.

LEONOR. ¡Ah! Sin envidia, sin duelo
 me vería en nuevos lazos....)
 ¡Ven, ángel mio, á mis brazos!
(La abraza.)
 ¡He aquí una hija modelo!)
 Sólo amo á mi Luisa.

LUISA. ¡Oh sí!

LEONOR. Mi bien sólo en ella fundo.

LUISA. ¡Mamá!...

LEONOR. Por nadie en el mundo
 me separaré de tí.

LUISA. Si á alcázares de alabastro
 me llevasen, yo tampoco...

LEONOR. Cálmate. Ese hombre está loco.
 ¡No te daré yo un padrastro!

LUISA. ¿Padrastro has dicho? ¡Ay mamá!
 Luego... (Me ahoga la ira.)
 ¿Luego la mano á que aspira
 es... la tuya?

LEONOR. Claro está.

LUISA. ¿Creiste acaso....

LEONOR. Entendí....

LUISA. ¿Qué eras tú la...

LEONOR. Sí.

LUISA. ¿Qué escucho!

LEONOR. ¿No me dijiste, no ha mucho,
 que era tan esquivo?

LUISA. ¡Ay, sí!

LEONOR. Pues ¿cómo....

LUISA. No soy tan necia
 como tú presumes, no.
 Algun día me adoró
 ese hombre que hoy me desprecia.
 ¿Cuándo?

LUISA. Ha cuatro años....

LEONOR. ¡Santa Ana!

LUISA. Cuando desde Cádiz fui
 con mi tía Angustias....

LEONOR. Sí;

LUISA. á los baños de Chiclana.
 Yo te dejé á mi pesar;
 pero de todo se pica....
 Lo exigió, te quiere, es rica,
 y la puedes heredar.
 Allí iba yo de tertulia,
 casa de doña Belen,
 con otras muchachas....

LEONOR. Bien.

LUISA. Dolores, Amparo, Julia...

LEONOR. Suprime esa letanía.

LUISA. Jugábamos al bisbis.

LEONOR. ¡Pche!...

LUISA. Bailábamos Schotis....

LEONOR. ¡Ay!

LUISA. Polca...

LEONOR. ¡Virgen María!

LUISA. Allí fué mi pretendiente...

TOMO XII.

LEONOR. Acaba.

LUISA. ¡Suerte cruel!

LEONOR. Carlos Heredia; ese infiel...
 que era entonces subteniente.
 ¿Y le diste oídos?

LUISA. Sí.

LEONOR. ¿Hase visto el arrapiezo!...

LUISA. ¡Tan pronto meter el cuezco...

LEONOR. ¡Ah, tú no estabas allí!

LUISA. Cierto. Mal hayan los baños,
 y las necias pretensiones...
 ¡Quite usted los pantalones
 á las niñas de trece años!
 Y en fin, el tierno Macías...
 Me juró eterna constancia...

LEONOR. Cuatro frases sin sustancia....

LUISA. Y á los ocho ó nueve días...

LEONOR. Te plantó por otra: es claro.

LUISA. Se fué muy lejos. ¡Un mes
 de marcha!

LEONOR. Bien; y despues
 ¿te escribió?

LUISA. Sí, desde Alfaro.

LEONOR. Por supuesto, respondiste...

LUISA. Sí.

LEONOR. Y á correo seguido
 otra vez...

LUISA. Del fermentido
 no vi ya más carta. ¡Ay triste!

LEONOR. Yo, novicia en la carrera,
 otra escribí, madre mía...

LUISA. Mal hecho.

LEONOR. Por si se habia
 extraviado la primera.

LUISA. Merecias una tunda...

LEONOR. Y otra despues...

LUISA. ¡Mal pecado!...

LEONOR. Por si no habian llegado
 la primera y la segunda.
 Perdí en fin toda esperanza...

LUISA. Nunca debiste tenerla.

LEONOR. ¿Qué es llamarte rosa y perla
 bailando una contradanza?

LUISA. ¿Qué es ponderar el exceso
 de su pasión mozo imberbe
 cuando la sangre le hierve
 y tiene en fáfara el seso?

LEONOR. Quizá esa disculpa dé;
 mas convencida no estoy.
 Yo era una niña, aun lo soy,
 mamá, ¡y le he guardado fe!

LUISA. (Pronto la pobre comienza
 á sufrir...) Mas ¿por qué así
 callar tu pena...

LEONOR. ¡Ay!

LUISA. ¡Á mí!

LEONOR. Porque me daba vergüenza.

LUISA. Ahora el motivo comprendo
 de tu esquivéz, tu apatía...

LEONOR. Seré otra desde este día.

LUISA. Tú verás cómo me enmiendo.

LEONOR. ¡Plegue á Dios!

LUISA. Con mano fuerte
echaré de mí al falsario...

Ya no le amo, no: al contrario;

le tengo un odio de muerte.—

¿Qué digo? ¡Simple de mí!

Perdona: el labio mintió.

¿Puedo aborrecerle yo
cuando él delira por tí?

LEONOR. ¡Eh! calla; no digas tal.

LUISA. Otra me daría rabia,
mas tú...

LEONOR. ¡Amar yo á quien te agravia!

¡Yo, hija mía, tu rival!

LUISA. ¿Por qué no? El te hará feliz ..

LEONOR. ¿Cómo, si tú no lo eres?

LUISA. No turbaré tus placeres.

Sabré doblar mi cerviz,

y llamaré, sin pesar,

padre al que tantos sonrojos...

LEONOR. ¡Sin pesar, y están tus ojos

reventando por llorar!

LUISA. Y si mejor consideras

para la paz de las dos

que un claustro....

LEONOR. ¡Calla, por Dios,

calla, que me desesperas!

¡Cierto que fuera oportuno,

cuando su traicion maldigo;

casarme con él!... ¿Qué digo?

Ni con él, ni con ninguno.—

Pero aún dudo... ¿El te ha mirado?

LUISA. Sí, y no me ha reconocido.

LEONOR. No importa...

LUISA. ¿Cómo!...

LEONOR. El olvido

le perdono de buen grado;

pero ¡desdeñarte así,

aún sin recordar tu nombre!

¿Cómo tiene ojos ese hombre

para preferirme á tí?

¿Qué valgo....

LUISA. No, él no te ha visto.—

LEONOR. Pero... con ese pergeño,

no es mucho que zahareño...

Y ese pelo... ¡Jesucristo!...

Corre al tocador: no te halle

otra vez el oficial....

¡Afuera ese eterno chal

que eclipsa tu lindo talle!

LUISA. Es inútil...

LEONOR. No tal. Ponte

la mejor gala que tengas.

Y mira alto cuando vengas.

Tuyo es todo el horizonte.—

Para mí siempre estás bien.

¡Mamá!...

LUISA. Pero el hombre exige...

LEONOR. ¿Y venceré con un dije

LUISA. más ó menos su desden?

LEONOR. ¿Quién sabe.... Y siempre conviene

que te vea en ademan

de inspirar á otro galán

el buen gusto que él no tiene.

Pero...

LUISA.

Compláceme en eso.

LEONOR.

LUISA.

Si....

LEONOR.

Va á volver... ¿Qué haces? ¡Anda!

LUISA.

Si mamita me lo manda...

LEONOR.

Si, por señas de este beso.

(Se besan y Luisa se retira por el foro.)

ESCENA VIII.

LEONOR.

(Se sienta.)

Su tia, que no es un lince,

en los trece años fió,

sin considerar que yo

entré en el yuyo á los quince;

y pues al ciego Cupido

no plugo que esa rapaza

degenere de su raza...

¡Ah! Ya está aquí el consabido.

ESCENA IX.

LEONOR.—DON CARLOS.

D. CARLOS. Ya me tiene usted de vuelta.

LEONOR. Muy bien.

D. CARLOS. ¿Acerco una silla?

LEONOR. No me opongo...

D. CARLOS. (Sin mantilla

está mejor; más esbelta).

(Sentándose).

Sepa usted que en el camino

he reflexionado...

LEONOR.

Bueno;

y ha visto usted, más sereno,

que iba á hacer un desatino.

D. CARLOS. ¿Desatino?... En media hora

no mudo yo....

LEONOR.

(¡Pobrecito!)

D. CARLOS. Cuanto más recapacito,

Más me gusta usted, señora.

LEONOR.

¡Bah!

D. CARLOS.

Si al tierno amor que siento

llama usted calaverada,

á bien que no es puñalada

de pícaro el casamiento.

Yo he menester Real permiso,

y mientras viene ó no viene,

aquí me estará perene

esperando el Paraíso.

LEONOR.

Antes que la Real licencia

necesita usted la mia,

y.... no puedo....

D. CARLOS.

¿Por qué, impía?

LEONOR.

Porque es cargo de conciencia.

D. CÁRLOS. ¿Cómo cargo....
 LEONOR. Si, señor.
 Soy mayor que usted.
 D. CÁRLOS. ¿Qué importa
 una diferencia corta....
 LEONOR. Soy madre.
 D. CÁRLOS. Tanto mejor.
 Esa es una garantía
 que promete....
 LEONOR. No me allano
 á dar tal vez un tirano
 á la hija del alma mia.
 D. CÁRLOS. Esos presagios siniestros
 me ofenden. No hay egoismo
 en mí: la amaré lo mismo
 que á los míos....; á los nuestros.—
 Será parvulita.
 LEONOR. No,
 que ya es casadera.
 D. CÁRLOS. ¿Ya?
 ¿Cómo.... Ahora caigo.... Será
 la que ántes me recibió.
 LEONOR. Eso, lo dudo.
 D. CÁRLOS. ¿Por qué?
 LEONOR. Porque viéndola tan bella....
 D. CÁRLOS. ¡Bella!
 LEONOR. No á mí; sino á ella
 consagrara usted su fe.
 D. CÁRLOS. No haré yo, ni por asomo,
 una oposicion formal
 á ese orgullo maternal....
 Pero.... ¡casadera!.... ¿Cómo....
 Ello, sí, me pareció
 un tanto desarrollada....;
 pero eso ¿qué prueba? Nada.
 ¿No prueba nada?
 LEONOR. Aquí no.
 D. CÁRLOS. Feraz aquí, como en Lima,
 es la tierra de tal modo....
 Flor, miés, árbol, mujer....; todo
 es precoz en este clima.
 Mas puede físicamente
 ser núbil...., no lo disputo,
 y estar en agraz el fruto
 del corazon y la mente;
 porque, en años juveniles
 viendo á su madre, presumo
 que esa muchacha, á lo sumo,
 podrá tener doce abriles.
 LEONOR. ¡Diecisiete!
 D. CÁRLOS. ¡Dios inmenso!—
 Entonces está atrasada.
 LEONOR. No lo creo yo.
 D. CÁRLOS. Ó taimada
 me engaña usted.
 LEONOR. Ni por pienso.
 D. CÁRLOS. ¡Diecisiete!, y sin embargo,
 usted, que le ha dado el ser,
 sólo representa....
 LEONOR. ¿Á ver?
 D. CÁRLOS. Veintiseis, y echo por largo.

LEONOR. ¡Ojalá!
 D. CÁRLOS. Ahora bien, descuento
 la diferencia, que es leve,
 y saco que fué á los nueve
 el feliz alumbramiento.
 Ya ve usted que esto es absurdo.
 LEONOR. No hay de tal precocidad
 ejemplo....
 D. CÁRLOS. En suma, ¿á qué edad
 se casó usted? Yo me aturdo.
 LEONOR. Si la memoria me es fiel,
 á los dieciocho.
 D. CÁRLOS. ¡Señora!
 ¿Luego tiene usted ahora....
 LEONOR. Treinta y seis.
 D. CÁRLOS. ¡Dios de Israel!
 (Se queda pensativo.)
 LEONOR. (Tres añado á mi balija,
 y otra sisara quizás
 diez.... pero eso y mucho más
 sé yo hacer por una hija.)
 D. CÁRLOS. ¡Leonor!
 LEONOR. ¿Le estremece á usted
 mi partida de bautismo,
 y al oír ese guarismo
 terrible, rompe la red....
 D. CÁRLOS. ¡No!
 LEONOR. ¿Qué importa.... No me enfado....
 En lance como el presente,
 otra no tan fácilmente
 se hubiera espontaneado;
 pero yo....
 D. CÁRLOS. Es usted completa.
 LEONOR. ¡Oh!
 D. CÁRLOS. La única para esposa:
 tan sencilla como hermosa,
 tan noble como discreta.
 ¿Qué monta, con tal virtud
 y cara tan hechicera,
 de esa edad que usted pondera
 la inverosimilitud?
 LEONOR. ¡Doce años ántes nací!
 ¿Quiere usted mayor oprobio?
 Justamente los que el novio
 debiera llevarme á mí.
 D. CÁRLOS. Si fuera usted de la pasta
 de otras.... pero ¡un serafín!....
 LEONOR. No; ¡flaca mujer!
 D. CÁRLOS. En fin,
 la adoro á usted, y esto basta.
 LEONOR. ¡Ay, que la vejez madruga
 más de lo que es menester!
 Si aún no la tenía ayer,
 quizá mañana.... una arruga....
 D. CÁRLOS. (Inquieto por un momento y acercándose para
 mirar con más atención á Leonor.)
 (¿Arruga?) No; en ningún lado.
 Jamas del tiempo la furia
 hará semejante injuria
 á aese cútis nacarado.
 LEONOR. Pero....

D. CÁRLOS. Un sí, y todo se zanja.
(Se levanta Leonor, y en seguida don Carlos.)
 LEONOR. ¡Jesus!... ¡Y Luisa no viene!...
 D. CÁRLOS. Usted es la que me conviene;
 usted es mi media naranja.
 LEONOR. Pero ¿y si usted no es la mía?
 D. CÁRLOS. Si ese pecho es tan ingrato,
 moriré en el celibato.
 LEONOR. ¡Ah! ¿Y mi Luisa? ¡Bobería!
 D. CÁRLOS. ¡Nada, no me casaré!
 LEONOR. Aún es usted muy mancebo,
 y otras, ya que yo no debo
 mudar de estado....
 D. CÁRLOS. ¿Por qué?
 Qué viuda así se encanija
 cuando es joven y tan bella
 y le depara su estrella....
 LEONOR. ¡Mi hija!....
 D. CÁRLOS. ¡Dale con la hija!
 Si eso le da sentimiento,
 que se case ella también,
 y si no tiene con quién,
 que se meta en un convento.
 LEONOR. ¿Qué....
 D. CÁRLOS. ¡Perdon!.... Mi necedad
 es consecuencia precisa
 de....
 LEONOR. *(A la puerta del foro).*
 ¡Luisa!
 D. CÁRLOS. ¿Se llama Luisa?
 LEONOR. ¡Bonito nombre! ¿verdad?
 D. CÁRLOS. *(Algo preocupado).*
 En efecto....
 LEONOR. ¿Algun amor
 le recuerda á usted....
 D. CÁRLOS.No....
 LEONOR. *(Qué hombre!)*
 D. CÁRLOS. Si, bonito es ese nombre,
 más prefiero el de Leonor.
 LEONOR. ¿Sí?
 D. CÁRLOS. No le hay más de mi agrado,
 á fé de Carlos Heredia.
 LEONOR. Para dama de comedia
 famoso, pintiparado.

ESCENA X.

LEONOR.—DON CÁRLOS.—LUISA.

(Viene Luisa muy elegante y en cuerpo.)

LUISA. Mamá....
 LEONOR. *(En voz baja).*
 No estés como en misa.
 D. CÁRLOS. *(¿Qué veo!)*
 LEISA. *(Con desembarazo).*
 Muy servidora
 de usted.
 LEONOR. *(Está encantadora.)*
 Le presento á usted mi Luisa.

D. CÁRLOS. Cuyos pies beso. ¡Qué mona!...
 Vale más que la de Sástago...
 LEONOR. ¿Qué tal?
 LUISA. *(En voz baja).*
 ¡Mamá!...
 D. CÁRLOS. Digno vástago
 de mi adorable patrona.
 LUISA. ¡Ah!
 LEONOR. *(En voz baja).*
 ¡Niña, que te delatas!
 D. CÁRLOS. *(Ó es otra....)*
 LUISA. *(Aparte con Leonor, rápidamente.)*
 ¿Me mira?
 LEONOR. Sí.
 D. CÁRLOS. *(Ó cuando al entrar la vi
 tenía yo cataratas.)*
 LEONOR. Aunque pimpollo temprano,
 de mil primores se adorna.
 LUISA. No crea usted.... Me abochorna....
 LEONOR. Maestra es ya en el piano.
 LUISA. ¡Maestra!
 D. CÁRLOS. *(¡Eso más!)*
 LUISA. ¿Qué error!
 Yo sé lo poco que valgo,
 y no me engrio....
 LEONOR. Toca algo
 para que te oiga el señor.
 D. CÁRLOS. Ruego á usted....
 LUISA. Yo....
 LEONOR. ¿No obedeces?
 LUISA. Si, ya voy....
 D. CÁRLOS. *(Es celestial.)*
 LUISA. Por no hacerlo tarde y mal,
 que es hacerlo mal dos veces.
*(Se sienta al piano y hace algun preludio. D. Carlos se acer-
 ca á ella.)*
 LEONOR. *(Ya la niña le embelesa.)*
 D. CÁRLOS. *(Las dos....)*
 LEONOR. Este caballero
 me hará la honra, lo espero,
 de aceptar mi pobre mesa.
 D. CÁRLOS. Señora...
 LEONOR. No admito excusas.
 Á dar mis órdenes voy....
 LUISA. ¡Mamá!...
 LEONOR. Y prescindo por hoy
 de corcheas y de fusas.

ESCENA XI.

LUISA.—DON CARLOS.

(Breve silencio mientras Luisa toca los primeros compases de una romanza.)

D. CÁRLOS. ¡Bien! Lo hace usted á las mil
 maravillas.
(Luisa sigue tocando. Otra breve pausa.)
 ¡Cosa extraña!...
 Ó vana ilusion me engaña,

ó yo he visto ese perfil....)
 ¡Brava!
 LUISA. (Sin dejar de tocar).
 Gracias.
 D. CÁRLOS. (Pero no hago memoria de quién será....
 Luisa.... Sí; su nombre va unido á un recuerdo vago....)
 (Cesa la música y Luisa se levanta).
 ¡Muy bien! Bella es la romanza, pero usted le da tal vida....
 LUISA. Aunque poco merecida, agradezco la alabanza.
 D. CÁRLOS. Dígame usted.... (Es pregunta que no la haría un bagaje; mas tal la ha mudado el traje....)
 LUISA. (Parece que algo barrunta....)
 D. CÁRLOS. ¿Es usted la que al entrar me recibió....
 LUISA. Sí, la misma.
 (Ya me ve por otro prisma.)
 D. CÁRLOS. Perdone usted si.... El ajuar.... (Ya he soltado otra sandez.)
 Y.... ¿siempre, hermosa doncella, ha estado usted en Marbella?
 LUISA. ¿No ha viajado alguna vez?
 D. CÁRLOS. Cádiz fué nuestra vivienda muchos años....
 (Cádiz.... No.)
 LUISA. Y luego aquí se fijó mamá por cuidar la hacienda.
 D. CÁRLOS. (Con el dedo índice en la frente). No doy....
 LUISA. ¿Qué misterio esconde tanta....
 D. CÁRLOS. ¡Memoria maldita!....
 Yo he visto á usted, señorita; mas no sé cuándo ni dónde.
 LUISA. ¿Conque si una no se allana á ayudar.... Cuatro años ha estuve en los baños....
 D. CÁRLOS. ¡Ah!
 Sí, en los baños de Chiclana.
 LUISA. (Resentida.)
 ¡Al fin!....
 D. CÁRLOS. (Con razon se irrita.)
 ¡Ah! ¿qué dirá usted de mí?
 LUISA. ¿Qué he de decir!
 D. CÁRLOS. Ciertó; allí nos conocimos, Luisita.
 ¿Recuerda usted....
 LUISA. Es notorio; y para ello, aunque mujer, no he necesitado hacer un largo interrogatorio.
 D. CÁRLOS. Luego.... la fatalidad.... la disciplina...., la gloria....
 En fin, pecó mi memoria, pero no mi voluntad.
 LUISA. ¿Y cómo,—esto no es querella, que ningun pesar me encona,—

¿cómo quiere á una persona el que no se acuerda de ella?
 D. CÁRLOS. Yo dije.... (¡Estoy en un potro!)
 Es muy tierna todavía....
 Mañana ó esotro día se encaprichará por otro....
 LUISA. Tierna, sí.... (Más de lo justo!)
 Usted me juzgó muy mal....; pero dueño es cada cual....
 D. CÁRLOS. Yo....
 LUISA. De mejorar su gusto.
 (Con ironía).
 Si, porque otro amor le apremia, usted desdeña lo tierno....
 (¡Ah! ¿qué digo! ¡Dios eterno, perdóname esta blasfemia!)
 D. CÁRLOS. ¡Pésame.... Yo no sabía....
 LUISA. ¡Oh!... Todo lo olvido ya.
 Ame usted á mi mamá.
 Bien merece....
 D. CÁRLOS. (¡Qué agonía!)
 No; yo prefiero.... (¿Sé yo acaso lo que prefiero?)
 LUISA. Á ella, sí.
 D. CÁRLOS. (¡Me desespero!)
 Ambas son damas de pro...)
 LUISA. (Si una calla, mal, y si habla...)
 D. CÁRLOS. ¡Oh Luisa!
 LUISA. ¡Cárlos!...
 D. CÁRLOS. No soy digno de...
 LEONOR. (Dentro.) ¡Luisa!
 LUISA. ¡Allá voy!
 (Corriendo hacia el foro.)
 (Me he salvado en una tabla.)

ESCENA XII.

DON CÁRLOS.

¡Heme aquí reo convicto de conato de bigamia!—
 Dejar á Luisa es infamia; mas Leonor... ¡Atroz conflicto!
 Si para una boda somos tres, ¿cómo, negra fortuna, refundo á las dos en una ó me parto yo en dos tomos?
 ¿Por qué—¡merecia azotes!— en Luisa no me fijé cuando... Pero el negligé...., los malditos papillotes...
 Y luego el donaire, el alma, la finura de Leonor...
 Sí, sí, es cosa... ¡superior!
 Para ella será la palma.
 (Llega Leonor, vestida de trapillo, ceñido un delantal de cocina, y con pañuelo atado á la cabeza como las vascongadas. Don Carlos, entregado á sus meditaciones, no la ve.)

ESCENA XIII.

DON CÁRLOS.—LEONOR.

LEONOR. (Aunque me imponga un suplicio que á mi vanidad aflija, hagamos por una hija el último sacrificio.)
Don Cárlos...

D. CÁRLOS. ¡Ah...

LEONOR. Vengo á ver si algo se ofrece...

D. CÁRLOS. (¡Qué ropa!...)

LEONOR. Mientras se cuece la sopa.

D. CÁRLOS. (¿Es nodriza de alquiler?)
Gracias...

LEONOR. (De verme se asombra.
¡Bien!)

D. CÁRLOS. Ese prendido... (¡Horror!)
Ese... Viene usted, Leonor,... que no parece su sombra.

LEONOR. ¡Es posible!... Vengo así porque... (Ya se pone triste.)

D. CÁRLOS. Es raro...

LEONOR. Si usted persiste en su pensamiento...

D. CÁRLOS. (Violentándose). Sí...

LEONOR. Debemos ya principiar á tratarnos con llaneza.

D. CÁRLOS. Sin embargo, esa cabeza....
¡Por la Virgen del Pilar!...

LEONOR. La toca á la vizcaína
¿le horripila á usted?

D. CÁRLOS. No digo tanto..., pero...

LEONOR. Por abrigo...

D. CÁRLOS. ¡Siquiera una papalina!

LEONOR. Con los vestidos de fiesta no dan vado las mujeres de gobierno á los quehaceres de casa... (Ya me detesta.)

D. CÁRLOS. Pero...

LEONOR. Es fuerza que se soben, se ajen...

D. CÁRLOS. (Señalando al delantal.)
¿Y eso?...

LEONOR. Limpio está...
todavía: es lúnes.

D. CÁRLOS. (Ya...)
no me parece tan joven.)

LEONOR. No todo ha de ser palique...

D. CÁRLOS. (¡Hum!) Cierto...

LEONOR. (Apénas me escucha.)
Cuando la hacienda no es mucha, preciso es que una se aplique...

D. CÁRLOS. Sí.... (Me iría á la Jamaica primero...)

LEONOR. Para una hermosa no es mengua el ser hacendosa.

D. CÁRLOS. (Entre dientes.)
Es decir, vulgar, prosáica....

LEONOR. Mujer frívola, que acopia moños, melindres y amantes y nunca suelta los guantes, no es la mejor para propia.

D. CÁRLOS. (Casi convencido.)
¡Es verdad, sí!

LEONOR. (¿Ya cerdea?)

D. CÁRLOS. Mujer divina, por más que estudies con Satanás para parecerme fea....

LEONOR. ¡Don Cárlos!... (¿Quien lo diría!
¡Le doy armas contra mí!)

D. CÁRLOS. Tu bella mano....

LEONOR. (Retirándola.)
¡Alto ahí!

D. CÁRLOS. ¿Es desden?

LEONOR. (Sonriéndose.)
No: es.... policía.

D. CÁRLOS. ¿Eh?

LEONOR. No soy de esas sardescas que.... Mas vengo del hogar....

D. CÁRLOS. ¡Oh!

LEONOR. Acabo de aderezar anchoas.... Pero ¡que frescas! —
¿Le gustan á usted?

D. CÁRLOS. (De mal humor.)
Sí..., algo....

LEONOR. Es cosa rica.

D. CÁRLOS. (Yo sudo.)

LEONOR. Para eso, y para un menudo, el oro que peso valgo.

D. CÁRLOS. (¡Yo fallezco!)

LEONOR. En salpicon....

D. CÁRLOS. ¡Señora!

LEONOR. Son mi deleite, con su vinagre, su aceite....

D. CÁRLOS. ¡Oh!

LEONOR. Y cebolla y pimenton.

D. CÁRLOS. Bien.... Mas para esos adobos ¿no hay criada?

LEONOR. Claro está.
(Venceré.)

D. CÁRLOS. (Sí, bien tendrá los treinta y seis.... Sí, sí; ¡bobos!)

LEONOR. Pero ¡son tan záfias!... Yo ando en todo....

D. CÁRLOS. ¡Ah!

LEONOR. Siempre una guisa con más....

D. CÁRLOS. ¿Y.... (¡yo tiemblo!) ¿Y Luisa?
¿Está también cocineando?

LEONOR. Ella no. ¡Pobre muchacha!
No quiero yo que se pringue....
Todavía no distingue del apio la remolacha.
Un día, si es menester, aprendiendo lo que ignora, sin dejar de ser señora será toda una mujer.
Ahora todo el tiempo es corto para el piano....

D. CARLOS. ¡Qué bien toca!

LEONOR. Yo la oí con tanta boca....

D. CARLOS. ¿De veras?

D. CARLOS. Estoy absorto.

LEONOR. ¿Y bordar en todas telas?

D. CARLOS. ¡Ah!

LEONOR. Y si coge los pinceles....

D. CARLOS. ¡Tambien el arte de Apéles....

LEONOR. Ya verá usted ¡qué acuarelas....

D. CARLOS. ¿Sí? ¡Qué alhaja! Y mis rigores....

LEONOR. ¡He sido un mal hombre, un pillo!

D. CARLOS. Y.... ¿qué hace....

LEONOR. En el jardinillo está....

D. CARLOS. (Impaciente.) ¿Sí?

LEONOR. Cogiendo flores.

D. CARLOS. ¡Para mi tal vez! ¡Ay! harto hace la cuitada....

LEONOR. Son para adornar el jarron que habrá usted visto en su cuarto. Se lo he mandado....

D. CARLOS. ¡Ah! Yo estoy confuso....

LEONOR. ¿Por qué?—Y ufana Luisa.... Desde esa ventana puede usted verla....

D. CARLOS. ¿Sí? Voy....

(Corre á mirar por la ventana. Le sigue Leonor.)

LEONOR. ¡Allí está!

D. CARLOS. Ahora coge un nardo.

D. CARLOS. Más blanca es su mano.

LEONOR. ¿Sí?

LEONOR. Ahora coge un aleli.

D. CARLOS. ¡Qué talle! ¿Le hay mas gallardo?—

LEONOR. ¡Ay Dios! La esconde un arbusto.

LEONOR. No brilla más pura el alba.

D. CARLOS. ¡Y qué indole! Es una malva.

LEONOR. Nunca me ha dado un disgusto.

D. CARLOS. Ya vuelve.—Qué ágil, qué diestra va de una flor á otra flor!—

LEONOR. Se ha lucido usted, Leonor.

D. CARLOS. ¡Yo!...

LEONOR. ¡Es una obra maestra!

D. CARLOS. ¡Cuál me alegra el que la alaba!—

LEONOR. Pero aparte usted, por Dios; no nos vea así á los dos cayéndonos la baba!

(Le hace retirarse de la ventana, y disimuladamente hace en ella una seña con el pañuelo.)

D. CARLOS. ¿Qué importa? ¡El alma la adora!

LEONOR. ¿Sí?

D. CARLOS. Es mi gloria y mi delicia.

LEONOR. ¡Al fin, la hace usted justicia!

D. CARLOS. ¡Gracias á Dios! ¡Ya era hora!

LEONOR. ¡Ah, perdon! Soy un badea....

D. CARLOS. ¿Perdon? ¿Dónde está el agravio?

LEONOR. Pues lo que dice ese labio

D. CARLOS. ¿Oh! mereces que te erija

un templo, mujer sin copia.
¡Tan bella, y contra sí propia
conspirar....

LEONOR. ¡Por una hija!

D. CARLOS. ¿Qué es ya la virtud estoica
que tanto ¡oh Roma! decantas?

Déjame besar tus plantas,
¡matrona sublime, heroica!

LEONOR. (Deteniéndole).

No permito, ni es razon....

Soy feliz y no me ofendo....

(Viendo entrar á Luisa con un ramo de flores en la mano.)

Esa es la que está pidiendo
un acto de contricion.

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR.—DON CARLOS.—LUISA.

D. CARLOS. ¡Perdon, Luisa!

(Cae á sus pies.)

LEONOR. ¡Pobre mozo!

LUISA. ¿Se le doy ó se le niego?

LEONOR. Sí, Luisa: yo te lo ruego.

LUISA. Alza, pues....

(Se levanta don Carlos.)

Y toma.

(Le da el ramo: Don Carlos besa con entusiasmo la mano de Luisa, y Leonor alza los ojos, en ademán de ofrecer á Dios el sacrificio que ha hecho.)

D. CARLOS. ¡Oh gozo!

FIN DE LA COMEDIA.

ANÉCDOTA CONTEMPORÁNEA.

LA HERMANA ROSALÍA.

El año de 1852, una hermana de la Caridad llamada sor Rosalía, recibió la condecoracion de la Legion de Honor en París. Demos cuenta á los suscritores de *el Museo* de lo que dió origen á esta singular distincion.

El segundo día de la insurreccion del año de 1848, un camarada de los revolucionarios se negó abiertamente á seguirlos, y corrió á refugiarse en la casa de las hermanas de la Caridad, situada en la calle conocida con el nombre de *l'Epée-de-Bois*, implorando su proteccion. La turba que obstinadamente perseguia al fugitivo llega á la puerta de aquel benéfico refugio, y llama enfurecida. La hermana Rosalía se presentó á los insurgentes con la serenidad del justo que nada teme. Los perseguidores reclaman á su compañero, y amenazan á la hermana diciendo que entrarán en el convento á viva fuerza. La hermana se opone á la invasion con toda energía, y vió en seguida que un fusil apuntaba á su pecho unas seis pulgadas de distancia. Rosalía entonces, separando tranquilamente el arma mortífera con una mano, dice con la mas grande dulzura:

—Amigos míos, hace cuarenta y cinco años que os sirvo

cuando estais enfermos ó desvalidos. Si creéis que he vivido bastante, sea, me conformo con vuestra determinacion.

A estas palabras, el fusil cayó de las manos del insurgente, y la turba se retiró gritando: ¡Viva la hermana Rosalia!

ANÉCDOTA HISTÓRICA.

Vamos á consignar una desgracia ocurrida á la memoria de Cervantes, en la persona de uno de sus sobrinos, que fué la risa de Inglaterra hace ya bastantes años.

vales en una cuba llena de agua de mar. Lanzaba las dos naves, la una contra la otra armadas en son de guerra, la una gobernada por él y la otra por su nieto. Adornaba á este niño con un sombrero de comodoro y con una espada de palo, al paso que él sostenia en sus labios una pipa de marinero ó un porta-voz de comandante. Un antiguo piloto, con una pierna de palo, criado de sir Guillermo, hacia que partiesen los cañones y los artificios, á las señales técnicas dadas por el amo. Despues de todas estas marchas y contra-marchas, en el momento decisivo del abordage, cuando las dos naves se metrallaban frente á frente, tenia efecto el incendio general; y el criado coronaba sus funciones echando mano de un fuelle de cocina y atizando la llama sin dar treguas ni descanso hasta que se consumia el último resto.



El comodoro Guillermo, tomado de un cuadro inglés.

El comodoro Guillermo S..., el mas escéntrico entre todos los estravagantes de Lóndres, invocaba el parentesco del manco de Lepanto, en calidad de soldado, pero no en calidad de poeta, apreciando un juramento atronador mucho mas que un verso armonioso, y colocando las estocadas que Cervantes habia recibido en el brazo izquierdo muy superiores á las admirables páginas que habia trazado con su mano derecha.

Sir Guillermo, confinado en su casa por una gota prematura, empleaba sus ratos de ocio en figurar batallas na-

Sir Guillermo entonces se entregaba á las vicisitudes del combate, y daba lugar á una serie de ditirambos y episodios, muy superiores, segun él, á la prosa y á la poesía de su tio.

Este hombre estravagante, era al manco de Lepanto lo que don Quijote es al caballero de otros tiempos.

Un pintor de buen humor, cuyo cuadro, popular en Lóndres, reproducimos, ha inmortalizado en el lienzo la cuba-oceano y los juegos marítimos del comodoro Guillermo.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



La infanta de España de edad de catorce años.

EL RAMO DE PAJA. ⁽¹⁾

(Continuación.)

Dejó á la puerta el coche y los cocheros bajó la custodia de veinte hombres. Penetró en el jardín con el resto de

la tropa. Escalona sus gentes de trecho en trecho á la sombra de los árboles, dejando órdenes y señales para reunirse en caso necesario. Despues, adelantándose él mismo con los mas determinados hasta el pie del pabellon, medita las salidas y se prepara á subir la escalera.

Todo esto se ejecuta de puntillas, sin ruido y sin accidente. El vasto palacio parecia que dormia en el seno de la

(1) Véanse los números 4.º, 5.º y 6.º de este mismo año.

confianza, y una sola luz, una lámpara, brillaba en el centro del pabellón.

El conde medita nuevo plan, según las instrucciones de Colbert y las revelaciones de los lacayos; se asegura que aquella luz es precisamente la del aposento de la Señorita.

—Allí está, se dijo, se prepara y espera la hora de la partida.

Ya no duda un momento, y pasando de la prudencia á la audacia, penetra en el vestíbulo con su teniente y cuatro hombres.

Dos ayudas de cámara dormían allí sobre unas banquetas; se despiertan sobresaltados y lanzan un grito al ver las armas. El teniente se precipita sobre ellos, pero no puede sujetar más que á uno; el otro huye por un corredor.

—¡Vamos! dijo el conde; ya está dada la voz de alerta, no me queda más que un minuto... adelante!

Y subió la escalera con intrepidez.

Llega al salón amarillo del cual partía una luz débil. Distingue desde la puerta á una joven sentada con una careta de terciopelo en la mano; percibe los rizados cabellos, el corpiño, el sombrero con plumas y el bastón, trage habitual de la señorita de Montpensier.

—No hay duda, ¡es Su Alteza!...

Felipe se precipita sobre ella, y derribando con una mano la lámpara, con la otra cogió á la princesa en medio de la oscuridad, y la sacó de allí con brazo vigoroso.

—Sino queréis que corra la sangre, la dijo con voz profunda; guardad vuestra máscara y callad, porque exterminaré todo lo que me salga al encuentro.

Esperaba una enérgica resistencia. Su alegría se iguala con su sorpresa cuando la Señorita inmóvil y silenciosa, ve, que en lugar de resistirse á sus esfuerzos, se une á él con un grito de admiración, perdido entre un suspiro acompañado de su nombre....

La supone desmayada, y la conduce hasta el jardín.

Allí encuentra á su teniente con su tropa, y regresan por el mismo sendero que habían venido.

Pero á medida que avanzaban, el conde oye rumores á su espalda. Pronto cruzan por el palacio un sin número de luces, se precipitan las gentes fuera de él y se acercan dando gritos. En su precipitación, Felipe se extravía, y emplea diez minutos en buscar su camino...

Mientras tanto, una masa de hombres llega á doscientos pasos de distancia del conde. Unos llevan hachones, y otros espadas ó mosquetes. Con las luces se distingue al jefe. Parece que cñe un trage de paño bordado de oro, el cual con una mano blandía una espada, y con la otra daba disposiciones con maneras intrépidas.

Era toda la guardia nocturna de Luxemburgo reunida á consecuencia del alerta que había dado el criado.

Solo con sus cinco hombres, y doblegado bajo su peso, el conde se veía perdido sino venía un socorro á tiempo.

Da la señal convenida con sus soldados para la reunión, y engañando por medio de una estrategia á los que le perseguían en la sombra, ve por fin que acude la mitad de sus valientes á su lado.

Improvisando al punto un plan de retirada, confía la princesa á su teniente, la cual estaba ya completamente desmayada, y divide á su gente en dos hileras.

—Guardad la puerta, dijo al teniente; poned á Su Alteza

en la carroza y esperadme. Yo me encargo de proteger vuestra partida.

Los dos grupos se separan instantáneamente, y Felipe á la cabeza del suyo, espera á pie firme á las guardias del palacio.

—¡Quién vive! grita á treinta pasos su jefe, cuya voz le hace estremecer.

Y bajo el rico trage que le cubre, á la luz que le hace resplandecer, reconoce Amalby al príncipe de Condé.

Con efecto, era él mismo, que saliéndose del consejo, á la nueva de un golpe de mano, había tomado el mando de los soldados de Gastón.

—¡Regimiento del rey! respondió el conde, orgulloso por tenerlas que haber con semejante enemigo.

—¡Rendid las armas, ó mando hacer fuego! dijo el vencedor de Rocroy.

—¡Llamad, repuso Felipe; ya encontrareis quien respondáis.

Dos descargas se sucedieron, y cayeron á tierra cuatro hombres, dos por cada lado. El mismo conde vacila, herido por una bala que le tocó en el brazo; pero viendo Conde blandir sobre él una espada, se pone en actitud de defensa y se cruzan los dos aceros.

Este combate nocturno debía haber merecido todo el brillo de la luz. Con igual destreza; con igual valor los dos adversarios estuvieron batiéndose cerca de un cuarto de hora. En fin, por medio de un admirable golpe de fuerza y de destreza, Amalby hizo que cayese en tierra la espada de Condé; pero en lugar de hacer uso de la victoria hiriéndole, le saludó con su misma espada y se apoderó de aquel glorioso trofeo....

—Monseñor, le dijo, he aquí vencidas todas las frondas juntas.

La espada de Rocroy y de Lens vuelve al servicio del rey.

Herido su amor propio mas bien con estas palabras que con la derrota, Condé había ya cogido otra espada, y se disponía á comenzar de nuevo la lucha, cuando sus mismos soldados se interpusieron entre él y el conde.

Entonces Felipe y su gente se baten en retirada con ventaja, dispersan á los guardias en tres ataques, y solotienen en la puerta unos veinte hombres con quienes luchan, que huyen durante la última carga...

En seguida los vencedores cabalgan sobre sus caballos, se unen con la carroza en el sitio convenido, y dan libertad á los cocheros á los cuales ya no necesitaban para nada.

La princesa ocupaba sola el carruaje, conducido por uno de los sargentos. El conde se colocó al lado de una portezuela, y su teniente al lado de la otra, y tomaron con su conquista el camino de San Dionisio.

Felipe se iba desangrando; echaba de menos cuatro valientes que habían quedado en la pelea; pero tenía en su poder á la reina de la Fronda y la espada del príncipe de Condé.

Era únicamente lo que necesitaba, pensaba el conde, para encontrar muy pronto á la condesa de Amalby.

¿Qué hubiese dicho, justo cielo, si hubiera sabido que creyendo robar á la hija de Gastón, acababa de apoderarse de la condesa de Amalby en persona?

XV.

EL RECONOCIMIENTO.

Luisa había seguido dócilmente las instrucciones del page libertador, ignorantes la una y el otro de la estraña aventura que iba á resultar. La cautiva se había disfrazado á toda prisa con el traje de la Señorita, y siguiendo el sendero que la habían indicado había llegado á las once en punto al salon amarillo.

Esperaba que la viniesen á buscar, resuelta á continuar su papel de princesa, cuando Felipe, llegando en lugar del page, se había precipitado hácia ella, sacándola despues de alli, como se ha visto, en medio de la oscuridad.

La condesa se había resistido tanto menos, cuanto que fué la primera en reconocer á su libertador.

Semejante sorpresa, aunque vaga todavia, unida á las emociones de la jornada, é inmediatamente seguida de los horrores del combate, la habían poco á poco quitado el uso de la razon. Las mas valientes heroínas concederán que por lo menos debió desmayarse.

Cuando volvió de su letargo, se vió en el carruaje, entre dos hileras de soldados, y caminando al través de las tinieblas de una noche sin estrellas.

Sus recuerdos fueron en un principio confusos, y le pareció que despertaba despues de haber soñado. Luego vinieron los hechos á su memoria... Volvió á ver la imagen de Felipe precipitándose armado hácia ella, y llevándose la por entre los árboles y las espadas. Se incorporó sobre los cojines del carruaje, miró por los cristales de la portezuela, y encontró al mismo persopage á caballo á su derecha.

¿Era posible que fuese este el conde de Amalby? Semejante sorpresa y semejante alegría eran verosímiles... Su esperanza y su ternura dieron á sus ojos la mirada del lince en la espesura de las sombras.

Su incertidumbre no duró mucho tiempo. Reconoció, sin dar lugar á la duda, la bella cabeza y la noble actitud de su marido... Era Felipe, tal como existía hacia tres años en su pensamiento, tal como se le había aparecido en el sueño de Choisy, á la cabeza de su nuevo regimiento... Si, era Felipe que acababa de libertarla de su prision, en el momento en que casi no se determinaba salir con un desconocido.

La oscuridad del problema desapareció delante del brillo de la felicidad. Cuando se pasa del infierno al cielo, importa poco saber como se ha hecho el milagro.

Luisa no sintió mas que la expansion de su alma, y un grito de *gracias á Dios*, se escapó envuelto en un torrente de lágrimas...

Se necesita poco para abrir la portezuela y tender los brazos á su marido... pero al ejecutarlo, se acordó de aquellas terribles palabras:

—*¡Guardad vuestra máscara y callad, porque exterminaré todo lo que salga al encuentro!*

—Respetemos sus secretos y obedezcámosle hasta el término del viage, dijo con resignacion; guardémonos de revelar el peligro sobre el camino de la salvacion. Cuando llegue el instante del reconocimiento, Felipe sabrá estrecharme sobre su corazon!...

Y envolviéndose en su alegría como en un manto, se consolaba espiondo el sonido de la voz del conde y los pálidos reflejos que alumbraban su fisonomía.

En cuanto á Felipe, se felicitó de los movimientos de su cautiva en el carruaje. Presumió que su alteza volvía en sí de su letargo y que la entregaría sana y salva á Mazarino.

Despuntaba el dia cuando llegaron al campamento del rey.

El cardenal que esperaba con impaciencia, pisaba el umbral de la abadía en el momento en que se detuvo la comitiva.

—Y bien, preguntó vivamente al conde.

—Y bien, monseñor, respondió Felipe echando pie á tierra y abriendo la portezuela del carruaje; tengo el honor de presentar á vuestra eminencia la espada del príncipe de Condé, y respecto á la prisionera hela aquí.

Mazarino cogió presuroso el noble acero, y como hombre en fin que tenía los destinos de la Francia, se adelantó para dar la mano á la Señorita.

Pero á la vista de la que la reemplazaba, el ministro, el conde y los soldados se detuvieron, y petrificados por la admiracion lanzaron la misma exclamacion:

—¡La señora de Amalby!

—Mi hija! exclamó al mismo tiempo Boucherat, que acudia.

Y, delante de esta increíble peripecia, olvidando al cardenal, olvidando á la Señorita, olvidando al mundo entero, el padre, la esposa y el marido se confundieron con un estrecho abrazo.

Otro que Mazarino se hubiese conmovido de semejante cuadro; ó al menos hubiera esperado su explicacion. Pero acostumbrado á tender lazos, siempre en guardia contra los traidores, y dispuesto á verlos en sus mas leales amigos el cardenal no pudo descender de aquella altura, sin creerse primero el juguete de una mistificacion, única injuria que le fué sensible y la que no le perdonó jamás.

—Encargado de una alta mision de Estado, el conde no había hecho mas que un negocio personal, y de este modo destruía el plan mas feliz del consejo Real.—Todos sus antecedentes se borraron para el ministro delante de las sospechas que encerraba aquel pensamiento.

Quedó pálido, sin voz, humillado por el triunfo de Felipe; se mordía el bigote de cólera, y al escuchar estas palabras de Luisa dirigidas á su esposo:

—¡Qué bien hemos representado nuestro papel! ¿no he sido yo tan obediente como vos hábil?

—Demasiado hábil! dijo el cardenal, suponiendo esta exclamacion un error cándido para la confesion de una inteligencia culpable.

Y como no obtenía del teniente de Felipe mas que una respuesta confusa á sus preguntas, volvió la espalda, y entró bruscamente, significando al conde que esperase sus órdenes...

Absorto aun por la sorpresa y la alegría, Amalby apenas oyó á Mazarino; y llevó á Luisa y á su padre al vestibulo.

Allí estuvieron una media hora haciéndose preguntas y dándose muchas explicaciones sin que ninguno se entendiera; Felipe interrumpiendo á Luisa para colmarla de cuidados y de caricias. Luisa interrumpiendo á Felipe para resañar la sangre de su herida, y Boucherat corriendo de un lado á otro y proclamando un milagro de la Providencia...

En medio de todas estas relaciones, comenzaban á darse cuenta de los problemas de su felicidad, del complot de Altomar, de la adhesion del page, del disfraz de Luisa y de sus

consecuencias, cuando un oficial de ruda fisonomía, entrando con cuatro soldados, se adelantó con aspecto solemne....

Era el capitán Mancini, sobrino del cardenal.

Al verle, Felipe se estremeció y recordó en fin su misión tan estrañamente cumplida para el cardenal. Comprendió la rabia de este, que no podía creer en un milagro como Boucherat, vió comprometido el éxito de la causa real y adivinó las sospechas del malicioso italiano.

—Señor, le dijo Mancini, ¿quereis darme vuestra espada y seguirme en nombre del rey?

—¿Seguiréis!... ¿Al lado de su eminencia?

—A la prisión de la abadía.

—El cardenal no me acusará sin escucharme!

—No es él quien os acusa!

Y Mancini presentó al conde esta carta que Bernouin acababa de recibir del page de Gaston.

«En el momento de hacer al cardenal un señalado servicio, que mas tarde os explicaré, me ha hecho una traición un desconocido, el cual ha arrebatado del Luxemburgo á la señora de Amalby. Creo que este aviso os prevenirá lo suficiente para descubrir al culpable y darle su merecido.»

Esta denuncia se explica al lector por la ignorancia en que estaba el page del complot contra la *Señorita*. Para el cardenal, fué la confirmación de sus sospechas respecto á Felipe. Supuso que su espía, adivinando su proyecto, habia querido secundarle, y que el conde le habia hecho abortar substituyendo su muger á la princesa.

—Señor, exclamó Felipe indignado; existe aqui un misterio que me confunde, pero que se aclarará con mi justificación. Juro delante de Dios, que al traer aqui á la condesa creía conducir á la *Señorita*; y para probarlo, pido al cardenal solo dos dias, el tiempo de tomar mi parte en la victoria que ha de hacernos dueños de París, y nos dará el hilo de este enigma....

—Yo lo deseo, repuso Mancini, y trabajaré por mi parte lo mejor que pueda, pues soy yo quien ha de conducir vuestro regimiento á la victoria.

Aterrado Amalby abrazó á su esposa y á su suegro, entregó su espada al nuevo coronel, y le siguió con la frente erguida.

—Llamaré si es preciso á SS. MM. y á Mr. de Turena; no dejarán sin armas al que ha desarmado á Condé!

—No, eso es imposible, añadió Luisa saliendo á su vez del doloroso abismo que acababa de abrirse en medio de su alegría: venid conmigo, padre mio, á echarnos á los pies del rey y de la reina!

Pero en vano llamaron á la puerta de Ana de Austria.

El robo de la condesa en lugar del de la *Señorita*, y el billete acusador del page, sorprendieron á la regente lo mismo que habían sorprendido á su ministro, y aunque no legó hasta las enfadosas sospechas de éste, prometió dejar que descifrara este incomprensible misterio.

Vamos á ver ahora, qué habia turbado tanto al Luxemburgo como á San Dionisio....

XVI.

EL CONSEJO DE LOS PRINCIPES.

Para juzgar debidamente el efecto producido en Luxemburgo por el golpe de mano de Felipe de Amalby, necesi-

tamos asistir al consejo de los principes, bruscamente interrumpido por este alerta nocturno. Hallaremos allí á los antiguos frondistas aumentados con un tráfuga importante, Pedro Segnier, canceller de Francia, haciendo hoy la oposición para volver á ser canceller.

El duque Gaston de Orleans habia convocado al consejo á las once, y secretamente, como lo hemos dicho, para poner á todos al corriente del estado de las cosas, y para presentar á los principes su nuevo agente, al baron de Altomar.

Precisamente á las once, la Señorita de Montpensier, el príncipe Luis de Condé, el duque de Beaufort, rey de los Mercados, su cuñado el duque de Nemours, Marsillac, duque de Larochehoucauld desde la muerte de su padre, se hallaban reunidos en el gabinete de Gaston.

Solamente Segnier se retrazó algunos minutos, y he aqui la razon. No habiéndose rebelado mas que para volver



Enriqueta de Inglaterra.

á tomar los sellos á Molé, tenia su combinacion con él y su proyecto de casamiento para Luis XIV. Hubo una época en que Ana de Austria habia rechazado las pretensiones de la *Señorita*, haciendo aparecer entre los aspirantes á la mano del rey, á una jóven que representaba á Maria Teresa, infanta de España, dulce emblema de una paz tan deseada para la Francia. Pues bien, Segnier fundaba en este bello sueño de la reina su esperanza de rescatar su empleo con su comision. Tenia por cómplice á Arnolfini, un agente del archiduque, y á la infortunada Enriqueta, viuda de Carlos I. Los tres habian entablado una negociacion misteriosa con España, y pretendido una alianza entre Luis XIV y la hija de Felipe IV. Habian adquirido un retrato de la princesa, que iba á cumplir catorce años, edad en que mas florece la belleza bajo los calientes rayos del sol español; y lejos de anunciar la magestad severa de que se revistió mas tar-

de, esta imagen, hábilmente representada, tenía una dulzura y una gracia capaces de conmover á la reina y al rey. Con el objeto de despertar mejor los recuerdos de la infancia de la madre y el corazón adolescente del hijo, se añadió al cuadro de los accesorios los mas seductores del descuido *castellano*, la rosa y el alfiler en los cabellos ensortijados, el largo velo de rejilla que cae sobre los hombros, los collares de perlas blancas que circundan el pecho, un retrato de familia suspendido en el corpiño, con la cifra de seda que indicaba la lectura favorita. Enriqueta se había encargado de someter á la regenta y á su hijo este político homenaje del magistrado, esta prenda elocuente de reconciliación y de felicidad acompañada de una carta dirigida al antiguo ministro, en que ofrecía extinguir la guerra y la Fronda, si se le daba el empleo de canciller de Francia. El pescador de los sellos esperaba de su agasajo y la respuesta de la reina de Inglaterra que debía traerle Arnolfini,



El canciller Pedro Segnier.

cuando el duque de Orleans le llamó bruscamente á su consejo. Ahora bien, se supone, que antes de ir á donde estaban los frondistas, Segnier habria querido saber donde estaba la corte de ella, pues si su estrella se reanimaba en San Dionisio, hablaria de su mision en el Luxemburgo, y si por el contrario se escapaba allá abajo el objeto de su ambicion, procuraria remediar el daño por medio de la revolucion.

Desgraciadamente, Arnolfini no vino á la hora señalada, é instigado por un nuevo mensaje de Gaston, temiendo perder lo cierto por lo dudoso, Segnier se dirigió renegando á Luxemburgo, despues de haber dispuesto que le llevasen á este sitio, si venia, la contestacion de Enriqueta de Inglaterra.

El consejo se abrió, segun costumbre, por medio de un debate de etiqueta y de preeminencia; famoso augurio de

las desavenencias que habrian procurado al pais la victoria de estos señores! El duque de Orleans, tio del rey, presidia la asamblea, pero Condé, Beaufort y Nemours, tenían el mismo derecho al lugar de honor. La queja se ahogó de tal manera entre estos dos últimos (ambos eran colegas de Orleans para el mismo objeto), que sacaron la espada de la vaina, y hubieran ensangrentado la cámara si la Señorita no los hubiese puesto de acuerdo tomando la silla que se disputaban.

—Esperad, primos míos, les dijo (y separó sus aceros de un bastonazo), esperad para batiros que antes hayamos derrotado á Mazarino.

Gaston espuso los planes concertados y los medios de la victoria; las veinte mil libras asignadas por el baron de Altomar á Carlos de Lorena, y la promesa de éste de unirse á Condé en Charenton para el combate; la obligacion de Altomar de imponer, con ayuda de la multitud, la union del Parlamento con los príncipes y la entrada de su ejército en París.

Gaston, Condé y la Señorita se escaparon sin explicarse acerca de las palabras significativas: *union con los príncipes, y entrada del ejército en París*; el primero entendia por esto su proclamacion como teniente general; el segundo su proclamacion como regente de Francia; la tercera su proclamacion como esposa de Luis XIV; Gaston contaba con el parlamento; el príncipe Luis contaba consigo mismo para deshacer la obra del Parlamento; la Señorita contaba con el pueblo y con su padre para llegar al trono por encima de la cabeza de Condé.

Este encontró los planes buenos y garantizó la victoria, si Carlos de Lorena era exacto, y despues todos aprobaron la marcha de la empresa escepto Segnier. Indeciso y temblando delante de una guerra abierta, volviéndose á cada momento hácia la puerta para ver si su carta llegaba, mantuvo al Consejo vacilante sobre la ilegalidad de las rebeliones, sobre las incertidumbres del triunfo, sobre las vacilaciones del Parlamento, sobre la terrible habilidad de Turena, sobre la discordia inminente de los frondistas, sobre la poca ó ninguna confianza que merecia el duque de Lorena, etc., etc.

—Decid la verdad, señor canciller, interrumpió Gaston, ¿temeis encontraros entre dos sellos? Pues bien, yo os prometo los del rey si nosotros somos vencidos, pues el tio de Luis XIV tendrá siempre bastante credito para esto....

—Y yo, si nosotros salimos vencedores, añadió la Señorita, reuniré en vuestras manos la justicia y la hacienda.

—Y yo, concluyó La Rochefoucauld, os dedicaré mis *Máximas* y os haré miembro de la Academia.

—Un *toma* vale mas que un *daca*, pensó Segnier; y no queriendo, por otra parte, hacer traicion á su ambicion hizo formal protesta de su desistérés..., mirando hácia la puerta.

El anuncio de un correo le hizo estremecer..., pero no era Arnolfini. Era un espreso de Gaston que llegaba del campamento de Carlos IV. Traia una nueva tan fatal como imprevista; la de la brusca fuga del duque de Lorena, que habia visto con sus propios ojos levantar sus tiendas y alejarse á carrera tendida por el camino de Champagne, en virtud de un tratado con Mazarino, si habia de darse crédito al rumor público....

—¡Traicion! exclamaron los príncipes consternados....

¡Escamotea nuestras veinte mil libras y va á comérselas con el enemigo!

Seguir partió de allí para reclamar tiempo, y Condé mismo iba á hablar con este motivo, cuando un grave incidente vino á interrumpir la faz de las cosas.

—¡Atacan al Luxemburgo! ¡Se llevan á la Señorita! exclamaba el criado que acababa de escaparse de entre las manos de Felipe de Amalby, y cuyo eco se repetía de sala en sala....

A este formidable rumor, Seguir se escondió en un armario.... La hija de Gaston cogió la espada de su padre y quiso lanzarse en la pelea; pero confiándola á Nemours y Beaufort, el príncipe Luis partió solo con La Rochefoucauld á encontrar á los desconocidos sitiadores.

Entonces se verificó en el jardín la lucha que hemos referido, y de la cual salió Felipe vencedor, con la espada del héroe de Lens, y con Luisa, que él supuso la Señorita.

Considere el lector, si puede, la emoción del Consejo cuando se vió aparecer á Condé batido y desarmado!.... ¿Por quién?... El mismo no lo sabía; el enemigo le había respondido únicamente: *regimiento del Rey!* y todos se perdían en este extraño problema.

(Se continuará.)

SOBRE GUSTOS.

En toda tierra de garbanzos amigo lector, se conoce y está generalizado un proverbio, refrán ó adagio (llámalo como te se antoje) que dice: que *sobre gustos no hay nada escrito*.

No sé yo quien fuera el que tuvo el *gusto* de propagar semejante refrán, é ignoro si algún prójimo *gustó* antes de ahora de dar un solemne mentís á quien tal dijo, porque no he tenido el *gusto* de descabezarme en revisar las bibliotecas y archivos para verlo, que á la verdad hubiera sido un *gusto* poco *gustoso*. Es el caso lector, que yo hasta la fecha nada efectivamente he visto que desmienta el refrán; lo cual no sin fundamento me hace sospechar que es verdadero, y me incita á decir algo siquiera por tener el *gusto* de escribir sobre una materia tan árdua y tan respetada. Hazme el *gusto* de seguir leyendo, y verás que si *sobre gustos no hay nada escrito*, no es porque no se pueda escribir sobre ellos.

Gusto, se entiende por uno de nuestros cinco sentidos: reside en la boca, y sirve como de órgano para recibir las impresiones de los sabores, según la primera acepción del Diccionario Nacional. De aquí es derivado el verbo *gustar*.

Gusto, es sinónimo de placer, de satisfacción, de albedrío, de capricho, de antojo, de contento, de manía, de deleite, y otras muchas cosas, sin que por eso estas dejen de parecerse como un huevo á una castaña.

Gusto, es palabra que se pronuncia lo mismo cuando uno está enfadado, que cuando está alegre: que así la usa el que en amorosa plática se derrite al lado de su adorado tormento, que el que recibe la visita del casero que reclama los alquileres atrasados, y se halla á la sazón sin un cuarto. Ambos pronuncian *tendré el gusto* pero.... ¡con cuán diferente

sentimiento!.... para el uno todo es ideal, todo dulzura, todo color de rosa; para el otro.... ¡ah! figúrate lector uno que está formando calendarios sobre la dichosa mansion de los ángeles, y de repente se encuentra en la morada de Pero-Butero, y tendrás una idea del *gusto* de este otro.

La palabra *gusto*, es una palabra de dos caras: es una especie de comodín que se encaja según las circunstancias, unas veces espresiva, afable, verídica, y otras insípida, burlona y engañadora. En este último caso nos ponen no pocas veces las reglas de urbanidad y mentimos bajo el antifaz del *gusto*; ayer por ejemplo, me viene á visitar un vecino mas cócora y mas empalagoso que un moscón sanjuaniego, y por la diezmillonésima vez, me cuenta los trabajos y miserias que pasó cuando los franceses, que se reducen á que le robaron seis gallinas y una pava en *cló*, (quiso decir en huevos). Martirizado con un relato de dos horas, me dispongo á hacer la heroicidad de dejarle con la palabra en la boca y al efecto me pongo en pie.

—Que, ¿va usted á salir? me dice al ver que dejo el asiento: hombre, se marcha usted á lo mejor; aguarde usted otro poco.

—Amigo mío, siento el dejar á vd., pero me estarán esperando y.... justo, las cinco, le digo mirando el reloj y tomando el sombrero.

—¡Qué lástima! siempre ocupado y sin poderle contar apenas nada cuando tengo tanto *gusto*....

—El diablo cargue contigo, y con tu *gusto*, murmuro entre dientes, mientras á él le digo afectuosamente: Yo también tengo *gusto* en oírle á vd.; mas en este momento me es imposible. Amigo mío....

—Yo también voy; no está la señora, y vd. tardará en volver.

—Como vd. *gusto*.

—Si, si, me voy: y toma el sombrero, se lo cala, y al llegar á la puerta empezamos:

—Pase vd.

—No, vd.

—Hágame vd. el *gusto*....

—Tenga vd. la bondad....

—Sea como vd. *gusta*. Palabras de buena crianza, es verdad; pero con el poco *gusto*, de mi parte, de valerme de ellas para ver de zafarme de aquel importuno, que con *gusto* lo mandaría al infierno. Otros muchos casos como este podría poner en que probara cuántas veces usamos la palabra *gusto* injustamente.

Analizar uno á uno los *gustos* del prójimo, fuera tarea sobre enojosa, imposible; y hay muchos, que por sabidos se callan: por tanto, nada diré de las cándidas y ruborosas hijas de Eva que tienen *gusto* en traer á diez ó doce al retorteo, y producen mas de cuatro lances desagradables. Callaré el *gusto* de garipolarse como corderos en rifa algunas matusalenes antidiluvianas, que con la *mas casta* intención miman algún incauto pollito. Pasaré en silencio el *gusto* de aquel amarillento cernicalo con barba de alfange, que ha vendido siete mil fanegas de trigo á dos duros cada una, y solo come centeno por la subida del precio. Tampoco quiero meterme á profundizar el *gusto* de aquel gallardo mancebo que deja sus relaciones amorosas con una linda chica que le adora y que tiene un genial encantador para casarse con la viuda de un rico banquero que le dobla la edad y cuya cara acartonada y seca está diciendo: «quita

allá.» Suprimo el hablar de si fué *gusto* ó disgusto el que buscó deleite en el pecado, y en el mismo encontró la penitencia. Te hablaré, carísimo lector, de otros gustos que te recordarán el refrán «hay gustos que merecen palos, y gustos que requieren darlos» y quizá con ellos consiga darte por el palo del gusto.

Hay en el pueblo donde moro, dos amigos que son la vera efigie de Castor y Polux; ambos á dos gordos, ambos callantrones, y ambos paseantes; llámanse Joaquín y Tomás: el primero va todos los días por casa del segundo para darse un paseo; le encuentra á la puerta esperando, y e dice:

—Buenas tardes, Tomás.

—Buenas tardes, Joaquín, contesta el Tomás embozándose y colocándose á su lado: se dan un paseo de un par de horas, sin hablar mas palabra que al llegar á casa. Hasta mañana, Tomás.

—Adios, Joaquín; y al día siguiente repiten la escena sin variacion alguna. El *gusto* de estos ciudadanos no es muy envidiable; pero es un *gusto* y se acabó.

Unos angelitos engendrados al mismo tiempo que el Estatuto, se divertieron en atar una tripa de buey al caño de una fuente, la cual, tendida en el suelo y colocado el otro extremo en la zarcera de la cueva de un almacén de ultramarinos (ó *contramarinos*, como decia dias pasados un borracho) cuanta agua vertió aquel en toda la noche, otra tanta trasladó á la bodega. El tendero estuvo espuesto á ahogarse; pero en cambio los *pollitos* tuvieron el *gusto* de reir dos horas viéndole desde la acera de enfrente salir hecho una sopa. Fué en verdad un *gusto* poco cristiano; mas al fin un *gustazo*.

El caritativo don Julian Cal Cérés, heredero de un pingüe patrimonio, guarda en sus baules los pesos de su herencia, y anda casa por casa comprometiendo á sus amigos para socorrer á tal ó cual pobre de su devocion, y con una bandeja en la mano pidiendo á las puertas de las iglesias, para reedificar la casa de este ó el otro que amenaza ruina: lleva algunos sofiones, pero tiene *gusto* en ello, y por un oído le entran y por otro le salen.

Doña Celedonia Cascabel Fontoria, quiere que su hijo Arturo dé golpe en la corte por su elegancia y por sus modales del gran tono, y le manda á París: los gastos de el nene casi la han reducido á la miseria; empero Arturo, la dice que pronto tendrá el *gusto* de verle hecho un Lion Parisien, y está tan contenta diciendo que *gustosa* lo sacrifica todo al *buen gusto* de Francia.

Un amigo mío poeta, lleva escritos dos dramas, cuatro comedias y tres zarzuelas; total nueve piezas: las seis no han sido aprobadas, las tres restantes se las han silbado y todavia se empeña en seguir escribiendo para el teatro diciendo que no lo deja hasta que le silben veinte: *es su gusto*.

En fin lector, este artículo podria tener colosales dimensiones si fuera á ponerte todos los *gustos* que he conocido y que en este momento se aglomeran en mi mente. Para muestra basta un boton, y para que el consabido refrán no sea verdad en tu boca basta lo dicho. Consérvate bueno, y hazme el *gusto* de no manifestar enfado por leer un artículo tan insulso, que en Dios y en mi ánima espero otro día poderte dar cosa de mas *gusto*.

Medina del Campo 4 de mayo de 1834.

SATURNINO GONZALEZ Y REGUERA

EPISODIOS DE AUSTERLITZ. (1)

La víspera de la batalla de los tres emperadores, Napoleon, queriendo juzgar del efecto de su proclamacion, se fué por la noche, á pié, á todos los *rivacs*, para visitarlos de incógnito; pero apenas hubo llegado á ellos cuando fué reconocido por los soldados. Los primeros imaginan para alumbrar su tránsito, reunir manojos de paja, sobre la cual se acostaban, y atarlos á guisa de antorchas en la punta de las bayonetas. De trecho en trecho, todos los *rivacs* imitan este ejemplo, y cerca de cincuenta mil luces de esta clase, muestran al emperador su ejército de pie y en su presencia. Mientras que estas antorchas se agitaban en el aire, entusiastas aclamaciones acogian á Napoleon durante su marcha.

Uno de los mas viejos granaderos, se aproximó á él y le dijo, aludiendo á su proclamacion:

—Señor, tú no tienes necesidad de esponente; yo te prometo que nosotros te llevaremos mañana las banderas y la artilleria del ejército ruso, para celebrar el aniversario de tu coronacion.

—¡Este será nuestro agasajo! exclamaron por todas partes.

Cuando el emperador volvió á entrar en la mala cabaña de paja que sus granaderos le habian construido al pie de una vieja encina, dijo á los generales que le rodeaban:

—¡Señores esta es la hermosa noche de mi vida!

A la mañana siguiente, en lo mas recio de la batalla, viendo á los caballeros de la guardia francesa que destruían á la guardia imperial rusa, su digna rival, la guardia de infanteria de Napoleon se impacienta y murmura. Por cuatro veces pide á gritos que la pongan en la vanguardia; pero el emperador los detiene, y á pesar del afecto que consagra á Bonaparte, los granaderos le maldicen en esta ocasion.

—¡Nunca hay nada para nosotros! exclamó un veterano lleno de rabia y tirando su fusil.

—Sois demasiado golosos, les respondió el emperador.

Sin embargo desde las alturas de Austerlitz, los emperadores de Austria y de Rusia, contemplan la derrota de su valiente guardia. Procuran socorrerla; pero se hallaba el cuerpo entero en una hondonada inmediata á un lago helado que atravesaba en tumulto. El emperador se dirige allí con veinte piezas de artilleria.

—¿Se los ametralla? preguntó Berthier.

—Es preciso confundirlos, respondió el emperador.

Y al momento, segun sus órdenes, los cañones, en vez de hacer la punteria á las tropas se hace sobre el hielo; se rompe este en seguida de trecho en trecho, y compañías enteras flotan un momento y se abisman en seguida. De esta manera perecieron diez mil hombres bajo la cólera francesa.

Se sabe de qué manera el emperador hizo saber el re-

(1) Este artículo es una curiosidad póstuma. Forma parte de los manuscritos adquiridos por el Museo de las Familias frances, poco antes de la muerte de su ilustre colaborador Federico Soulié.

sultado de su victoria al grande ejército: «¡Soldados, estoy satisfecho de vosotros, etc.»

Algunos días despues, pasó revista á todas las divisiones de su ejército. A todos dió un testimonio de su satisfacción por su brillante conducta. En fin, en la revista de la division Vandamme, llega al frente del primer batallon del 4.º de linea, que habia maniobrado un momento bajo el esfuerzo de la guardia rusa. Se detiene, se altera su rostro, recorre la linea con la mirada irritada, y esclama de pronto:

—Señor, añadió el mayor, hemos ido á buscar estas, para rogar á V. M. que nos diese un águila en cambio.

Y dos granaderos se adelantan, llevando cada uno una bandera quitada á los regimientos rusos. El emperador las considera y parece dudar un instante. Por último se dirige al regimiento:

—Soldados, ¿jurais que ninguno de vosotros se apercibió de la pérdida de su águila?

—¡Si lo juramos! respondió el ejército entero.



Vista de un extremo del campo de batalla de Austerlitz.

—Soldados, ¿qué habeis hecho del águila que os di? ¿No jurásteis defenderla hasta la muerte?

Un silencio profundo respondió solo á esta interpelacion. Sin embargo, el mayor del regimiento se adelanta;

—Señor, dijo, el abanderado ha sido muerto en el momento de la carga, despues nos ordenaron un movimiento sobre la derecha, y entonces fué cuando conocimos que nuestra bandera habia desaparecido.

—¿Y qué habeis hecho sin bandera? preguntó el emperador con serenidad.

—¿Jurais que hubiérais muerto todos por recobrarla, al saber que la habiais perdido?

—Lo juramos, respondió el regimiento.

—¿Y guardareis la que ahora os entregue? ¡pues un soldado que pierde su bandera, lo pierde todo!

Se oyeron gritos tumultuosos, que eran una especie de juramento solemne.

—Pues bien, dijo el emperador sonriendo, cojo vuestras banderas, y os devuelvo el águila.